

NUEVOS EPISODIOS EN EL DRAMA DE CACHEMIRA

La larga paz que el mundo disfruta, si por disfrutar se puede entender la tensión de una vida llena de sobresaltos, ha estado una vez más en peligro inminente de desembocar en una guerra, y ha sido en el viejo continente asiático, ya de por sí bastante turbado políticamente, donde ha tenido lugar la crisis. Dos gigantes, demográficamente hablando, han materializado sus divergencias en una guerra que ha causado numerosas bajas y que ha costado también, económicamente, mucho para lo que ambos contendientes se pueden permitir, dada su precaria situación. La India, con sus 440 millones, y Pakistán, con 100 millones, segundo y séptimo países en la clasificación por número de habitantes, han reactualizado el viejo problema de Cachemira, que cuenta ya con la misma edad que esa paz de que hablamos y de que no disfrutamos, precisamente ante la amenaza de perderla.

Pero para comprender el estado actual de la polémica es preciso hacer un poco de historia.

Antes de que los ingleses llegaran al subcontinente indo-pakistaní, no se había dado en él una nación o estado unitario. Ellos, los ingleses, fueron los que crearon un sentido de unidad e hicieron de él un estado administrativamente homogéneo. Fué más adelante cuando surgió el elemento psicológico de unidad, precisamente en la lucha contra el colonizador inglés, y de hecho los problemas más graves con que se encontraron los dirigentes hindúes al conseguir su independencia fué el hacer que ese sentido de unidad continuara y fuera la base de su progreso político y económico, ardua tarea en verdad, pues subsistían los intereses feudales de mahrajaes y príncipes, diferentes grupos religiosos más o menos tolerantes, una enorme diversidad de lenguas y, en fin, muy pocos factores en común para cimentar esa necesaria unidad.

Los ingleses no tuvieron más remedio, tras la larga lucha, que dar la inde-

pendencia a la India, si bien el Gobierno de Atlee procuró hacer como una donación graciosa, lo que hizo obligado por las circunstancias y a exigencia de millones de personas.

La inacabable y tradicional disputa entre hinduístas y mahometanos se quiso solucionar con la formación de dos Estados en el año 1947: India y Pakistán. Los numerosos principados que bajo el dominio inglés habían gozado de un Estatuto especial tenían la libertad de unirse a uno u otro Estado, y así lo hicieron en función de las propias circunstancias. Un principado como Hyderabad se unió a la India, por deseo de las masas y en contra de la personal voluntad del soberano, que no rezaba a Visnú, sino a Alá. Las tropas indias que rodeaban este principado ayudaron a que el príncipe no “desoyese el deseo del pueblo, auténtico soberano”.

Sin embargo, en Cachemira ocurrió lo contrario; es decir, fué el príncipe el soberano auténtico. En este bello y fructífero país reinaba un mahrajá hindú sobre cinco millones de almas que creen en el Profeta en su mayoría. Él manifestó en seguida su deseo de unirse a la India. Fueron entonces las tropas de Pakistán las que quisieron salvaguardar los sagrados derechos de sus hermanos de credo e invadieron la parte norte de Cachemira, a lo cual contestaron los indios al mismo estilo, invadiendo la parte sur. Después de largas y acerbas luchas se llegó a un alto el fuego en 1949 con ayuda de la O. N. U. y se consolidó la partición. India domina desde entonces los dos tercios de Cachemira, con el hindú Jammu. Pakistán conservó la región a la que habían sido reducidas sus tropas por el empuje de los indios: la rocosa y estéril franja del Noroeste, Azad-Cachemira o Cachemira libre.

La Cachemira India es muy fértil y su centro lo atraviesa la única vía por la que las tropas indias pueden llegar a la frontera con China, en la región de Laddak. La zona en sí puede ser estratégicamente importante para el tipo de guerra que hoy en día podría desarrollarse en Asia, por estar en una encrucijada entre Tibet, Afganistán, India y la provincia de Sing-Kian, en el Turquestán chino.

Desde la partición, hace dieciséis años, vigila un grupo de la O. N. U. a las órdenes de un general para que las numerosas cuestiones fronterizas que tienen lugar cada semana no desemboquen en una crisis.

Algunos intentos se han hecho para solucionar el conflicto, pero sin resultado alguno; antes bien, hindúes y pakistaníes han declarado que antes o después tendría que suceder el choque.

No es que fuera errónea la separación de dos Estados, el hindú y el musul-

mán, en 1947, pues posiblemente los ingleses preveían las dificultades que aportarían a la integración las diferencias religiosas. El ominoso sistema de las castas tenía que ser especialmente desagradable para los musulmanes, que, como los estratos bajos de la sociedad hindú, carecían de todo derecho y dignidad. Por ello, al estar en mayoría en algunas regiones, se decidieron a constituir un Estado propio musulmán. Muchos hindúes, especialmente parias, se pasaban en masa al budismo, buscando el respeto a sus personas en las doctrinas del Iluminado que seguían los budistas de Birmania o de Ceylán; y también grupos cristianos hubieron de sostener luchas.

El 3 de junio de 1947 hacía público el Gobierno británico el Plan de hacer de la India británica dos Estados: Pakistán y Bharat, conforme al cual correspondería a Pakistán la comarca con mayoría musulmana.

El artículo 7.º del Acta de Independencia dice: "La soberanía de Su Majestad sobre los Estados indios acaba." El entonces gobernador, lord Mountbatten, dijo (23 julio 1947): "Los principados serán completamente libres e independientes jurídicamente."

El artículo 2.º del Acta de Independencia prescribe que los principados usarían su libertad para adherirse al Pakistán o a la India. Naturalmente, no especifica quién habrá de ser el sujeto de esa libertad, si el pueblo o el soberano. No se puede dudar de que el soberano es, en la concepción política moderna, un ejecutor de los deseos del pueblo, expresados por la mayoría y por procedimientos democráticos. El Partido del Congreso que está en el Poder en la India desde 1947, paladín de la unidad india, declaró en su resolución de 11 de abril de 1942 que 90 millones de habitantes de principados hindúes, como Sajverte, que estaban en manos de señores feudales, eran una negación de la democracia y de la autodeterminación, lo cual indica un reconocimiento y un respeto a los deseos del pueblo, si bien no se ha reflejado en su comportamiento en lo que a Cachemira se refiere, porque un plebiscito en Cachemira, donde el 77,11 por 100 de la población es islámica, se inclinaría indudablemente por la unión a Pakistán.

Es preciso reconocer que la India ha hecho caso omiso del derecho de autodeterminación de los pueblos, expreso en la Carta de las Naciones Unidas, organización por la que ha sido conminada varias veces a celebrar un plebiscito, aun cuando el artículo 61 de su Constitución dice que "la India debe esforzarse por mantener el orden del derecho de gentes y los derechos dimanantes de los Tratados".

Para asimilar un Estado, cuya población en su mayoría profesa otra reli-

gión, arguye la India su laicismo político, afirmación muy poco en consonancia con la importancia e influencia que la religión hindú ejerce sobre la vida política y social de esta nación.

Pakistán, otras varias naciones y la misma Organización de las Naciones Unidas se inclinan por una decisión arbitral: solución que también ha rechazado la India, aunque es uno de los firmantes de la Declaración de Bandung y de la Segunda Conferencia Cumbre de los No-comprometidos, en los cuales existen tales métodos de arbitraje.

Aduce la India que un arbitraje es lesivo a la soberanía india, y fué ella la que propuso a China en 1962 someter sus diferencias al arbitraje.

En 1951, el Gobierno francés cedió a la India la colonia Chandarnagore. En el Tratado hindú-francés, realizado con tal fin, se decía en el artículo 11: "Cualquier diferencia en la interpretación o ejecución de este Tratado que no se pueda resolver por arbitraje o gestión diplomática, deberá ser sometida al fallo de la Corte Internacional de Justicia."

En resumen, entre teorías y hechos hay, como puede verse, una diferencia notable. Pero lo democrático, conforme a los cánones políticos de la época, sería que se le permitiera al pueblo de Cachemira decir algo sobre su propio destino. India no quiere ver en peligro su poco estable unidad; Pakistán ansía la anexión de Cachemira islámica y fructífera, y el pueblo de Cachemira sufre la humillación y los inconvenientes de su absurda partición.

Respecto a los recientes sucesos de septiembre, no cabe duda que algo ha fallado; la sublevación que debería haber brotado en Cachemira no se ha llevado a efecto. Tampoco es admisible que sin contar con Cachemira los pakistaníes se lancen por las buenas a representar el papel de libertadores y de defensores de la causa ajena. A lo largo de mucho tiempo se han estado preparando guerrilleros para una guerra santa en las cercanías de Rawalpindi, y después se han introducido en Cachemira, de acuerdo muy posiblemente con el sector representante del fanatismo religioso, única explicación de la aparición de armas y explosivos ocultos en una mezquita de las cercanías de Srinagar.

Para los sucesos de septiembre tenía que existir una conjura cachemiro-pakistaní, y la sublevación se había fijado pensando en el aniversario del encarcelamiento del Scheik Abdulla, personaje clave de la política de Cachemira, quien después de cumplir once años de prisión sin condena previa, volvió a ser encarcelado no ha mucho tiempo. El sacerdote Malvi Farouk, incondicional partidario de la anexión a Pakistán, debería encabezar una

manifestación. Pero a última hora este joven sacerdote de veinte años, que disfruta una gran influencia sobre las causas de población, se negó a tomar parte en el juego, y los soldados libertadores tuvieron que pechar ellos solos con la "guerra santa".

Y de la infiltración de soldados pakistaníes no puede dudarse, pues la ha confirmado en las Naciones Unidas el relato del general australiano Robert Nimmo, jefe de la Comisión para el alto el fuego.

El hecho es que los planes elaborados en Rawalpindi no se realizaron, antes bien desencadenaron la réplica demasiado enérgica de la India contra Pakistán, en vez de localizar su respuesta contra los guerrilleros en Cachemira. Y no se han realizado estos planes bien porque los habitantes de Cachemira no deseen la unión definitiva al Estado hermano de credo, o bien porque prefieran la solución del Scheik Abdulla, de una Cachemira autónoma, un Estado tan independiente de la India como del propio Pakistán, como un puente reconciliatorio entre ambos contendientes, y en el que él—y esto no lo dice Abdulla—pudiera alcanzar las cimas que le exige su ambición política.

Cuando en 1947, 562 mahrajaes y príncipes tuvieron que optar por India o por Pakistán, era mahrajá de Cachemira Hari Singh, quien en vez de decidir teniendo en cuenta factores religiosos, históricos, geográficos o culturales, realizó una política equívoca de promesas a ambas partes, esperando obtener la garantía de su continuidad en el mando. Cuando declaró su intención de unirse a la India, el Scheik Abdulla, verdadero ídolo del pueblo de la montaña, conocido con el sobrenombre de "el León de Cachemira", voló a la India a pedir defensa contra las tropas de Pakistán, que habían atacado Cachemira, y era portador de la conformidad de la conferencia Nacional, organización de Cachemira, especie de filial del Partido del Congreso hindú, para la anexión del principado de Cachemira a la Unión India. El gobierno indio se comprometió a legalizarlo en su día. Mediante un plebiscito, como así lo afirmó Nehru por radio el día 2 de enero de 1947. Desde entonces hasta 1953 ejerció Abdulla el cargo de primer ministro.

Pero, como hemos indicado, el sueño de Abdulla de una Cachemira autónoma podía haber despertado las ansias de independencia nunca dormidas del todo, de los otros principados hindúes, estropeando a su vez el ideal de Nehru de una India unida. Por ello, Abdulla fué apresado el 9 de agosto de 1963.

India procuró invertir dinero en esta región, desarrollándola lo más posible, pero el seguidor de Abdulla, Bakshi Gulam Mohamed, fué la corrupción

administrativa hecha realidad. Seguidor incondicional de la India y perseguidor y carcelero de los héroes de la libertad, apagó algunos años la línea iniciada por Abdulla. En el año 1964 tomó el gobierno Sadiq, que empezó a realizar una labor constructiva, fronteras para dentro del Estado de Cachemira.

En este año de 1964 fué puesto en libertad Abdulla, una precaria libertad que más bien fué un descanso en la privación de la misma, pues se le encarceló de nuevo en mayo de 1965. Los motivos parecen ser que en un viaje a Argelia habló con exceso de la independencia de Cachemira, y aun fué más lejos, aceptando una invitación del ministro chino Chou En-lai, con quien coincidió, para ir a China. Pero ante todo puede ser que, una vez libre, fué más aclamado y más popular que nunca, y exigió con más ardor *aún que antes*, el punto de vista de los pakistaníes—referéndum o elecciones libres—, aun cuando él en el fondo no es en modo alguno partidario de la anexión a Pakistán, idea que *tampoco goza hoy de una gran popularidad en Cachemira*, ya que la Cachemira pakistaní es notoriamente más pobre, y de otra parte, el acercamiento pakistaní a China no es visto con buenos ojos.

Este Scheik Abdulla, única cabeza política notable de Cachemira, no se presta fácilmente al análisis político. Es un personaje casi legendario que tiene dotes demagógicas y que sabe manejar a las masas y jugar a su debido tiempo la carta del fanatismo religioso, y cuyas maniobras hace años que desconcierdan a la India y a Pakistán.

Pero las fuerzas que se reúnen en Cachemira no llegan a una confrontación de sus respectivos intereses. Existe el movimiento por la independencia, que dirige Mirza Afzad Beg, dirigente del Movimiento de Liberación; el Movimiento Pro Pakistaní, que dirige Karra, además de tendencia socialista; el grupo fanático, que dirige en su línea confesional Malvi Farouk, y en su línea política Maulana Masuudi, intrigante y fanático elemento, gran conocedor del manejo de las fuerzas políticas con el apoyo de la religión. Todo un mosaico de matices. Pero el mayor prestigio político es el de Abdulla, a quien sus encarcelamientos adornan con el lauro de los héroes, y cuya estrella, según varios observadores, puede quedar anulada ante el creciente resplandor de la del vociferante sacerdote Malvi Farouk.

Los intentos de arreglo hechos por India y Pakistán desde el año 1949 resultan siempre fallidos.

Pakistán buscó apoyo y ayuda en el exterior, entrando en el Pacto de Bagdad—hoy C. E. N. T. O.—y en la S. E. A. T. O., originándose así su acer-

camiento a Occidente, la mejor garantía para la seguridad de su existencia como Estado y para ser tomado en serio políticamente.

La ayuda militar de Norteamérica que pretendía formar un poderoso frente defensivo contra la U. R. S. S. fue recibida en Pakistán en principio como la mejor ayuda contra los ataques indios, y como el más alto grado de apoyo y de consideración moral. Mas cuando China atacó a la India en 1962, fué también provisto de armamento el ejército indio, no escapándosele a Pakistán que en su día tal material podía ser utilizado no contra los chinos ateos, sino contra los creyentes paquistaníes, por los neutralistas y pacifistas hindúes; lo que hacía caer al suelo sus ilusiones, viendo que el suministro de armas por Estados Unidos no es prenda de amistad, sino muestra de una prodigalidad, a veces, irreflexiva. Así, en 1963 advertía Ayub Khan que si Occidente continuaba surtiendo de armamento a la India, las pequeñas naciones de Asia serían compelidas a ponerse bajo la protección china.

La realidad es que aunque India recibió armas en su lucha con China, no cambió nada en su política y permaneció fiel a la línea de los no comprometidos fundamentalmente aun cuando formar un frente contra China sea ya tomar parte por el anticomunismo.

Pakistán firmó el tratado fronterizo con China que implicaba a la frontera de Cachemira, lo cual vinculaba, aunque indirectamente, el problema de Cachemira a China.

En la Conferencia de Bandung en 1955 informó Chou En-lai a los delegados que Mohamed Alí, primer ministro del Pakistán, le había asegurado que a pesar de que su país era miembro de la S. E. A. T. O., no le era en modo alguno hostil a China y no recelaba ninguna agresión por parte de ésta¹. Pakistán había reconocido ya a la China comunista el 4 de enero de 1950, siendo uno de los primeros países que tomara tal medida política.

En el año 1955 declaró Chou En-lai a un corresponsal de la "Associated Press", de Pakistán, que el Gobierno de tal país había declarado reiteradamente al de China que su participación en la S. E. A. T. O., en la cual se había introducido en el año 1954, no era con propósito de ser hostil a China y no perjudicaría en nada su amistad con ella.

En su visita a Washington en el año 1961 dijo Ayub Khan que su país apoyaría a la República Popular de China para que entrase en la O. N. U.

¹ W. M. Dobell: «Ramifications of the China-Pakistan Border Treaty», *Pacific Affairs*, vol. XXXVIII, núm. 3, 1964, University of British Columbia, pág. 287.

Como se recordará, en reunión de la O. N. U. en septiembre de 1950 se resolvió en contra de admitir a la China comunista en lugar de a la China nacionalista de Formosa.

La India manifestó haber recibido seguridades de China en el sentido de que aceptaban que Cachemira había expresado ya su voluntad (16 abril 1961) y que China no había admitido nunca en un documento que Cachemira no fuera una parte de la India, empleando siempre India el nombre común "Cachemira" para designar el estado prepartido "Jammu de Cachemira".

Las fronteras que Pakistán tiene con China son en Hunza y Baltistan, parte del antiguo Jammu-Cachemira y al presente parte de Azad-Cachemira.

El 31 de mayo de 1962 Pekín cursaba una nota a la embajada de la India en la que decía no haber aceptado nunca sin reservas la postura de que Cachemira estaba bajo la soberanía hindú².

Estaba abierto, con el acercamiento pakistání a Pekín, el camino a la intervención china cuando sonara la hora de Cachemira, como ha ocurrido en realidad, peligro neutralizado con la reciente aceptación de los contendientes de atenerse al alto el fuego ordenado por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y que al momento presente no parece muy respetado.

La India ha causado un fenómeno tan extraño como es el acuerdo ruso-americano en el marco de la Organización mundial. Estados Unidos sabe que la India es el único país que puede mostrar con el ejemplo al mundo que existe una posibilidad de que un país con masas ingentes de población, subdesarrollado, subalimentado y culturalmente atrasado se incorpore al mundo del progreso sin pasar necesariamente por la experiencia comunista.

Rusia también tiene buenas relaciones con India, a la que ve como un posible amigo frente a China, y a la que ha suministrado armamento, soportando por ello las agudas críticas de Pekín, que la acusó de pactar con Nehru, el lacayo del imperialismo, y de entregarle armas para utilizarlas luego contra un hermano comunista.

Estados Unidos no puede consentir que India queme sus escasas energías en una guerra estéril, contra un país que al fin no será comunista, por el peso de la religión, y es posible que la situación de Cachemira se perpetúe. Muy difícilmente se decidirá a intervenir China de una manera patente, pues pue-

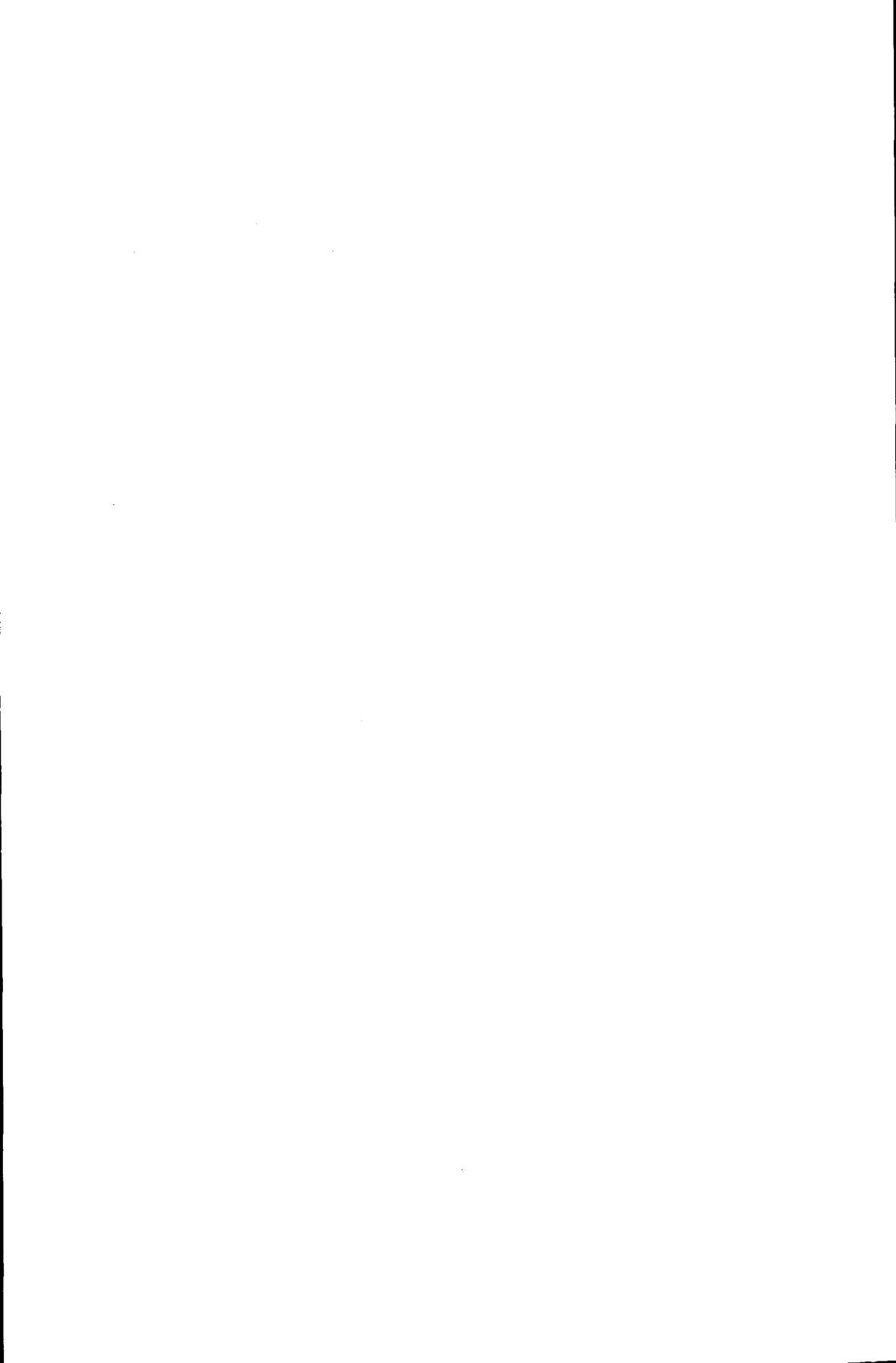
² Pub. cit., pág. 25.

NUEVOS EPISODIOS EN EL DRAMA DE CACHEMIRA

de ser la ocasión que espera Estados Unidos, o quizá Estados Unidos y la U. R. S. S., tan de acuerdo como en el Consejo de Seguridad.

De celebrarse el plebiscito, Cachemira no pertenecería a la India, pero quizá las corrientes políticas que allí se mueven la llevarían al caos antes que a la prosperidad.

GREGORIO BURGUENO ALVAREZ.



CRONOLOGIA

1000